



En el segmento de habla inglesa de Internet, un chiste maravilloso está ganando popularidad: "*Debido a las restricciones de viaje durante la pandemia de COVID-19, Estados Unidos dio un golpe de estado en casa*"

".

Lo que sucedió el 6 de enero en Estados Unidos realmente puede llamarse un motín fallido (como recordamos del epigrama de John Harrington en la traducción de Marshak, el motín está por definición condenado al fracaso - "de lo contrario, su nombre es diferente"), y un golpe completamente exitoso, en como resultado de lo cual el pantano de Washington con una mordida triunfal se tragó tanto al 45º presidente de los Estados Unidos como las esperanzas de venganza del Partido Republicano en los próximos años.

Incluso el 5 de enero (antes de que se resumieran los resultados de las repetidas elecciones en Georgia), las cosas no parecían tan tristes para Trump. Sus posibilidades, si no para un segundo mandato presidencial, sino para el estatus de jefe de la oposición a Biden y los demócratas, parecían bastante decentes. Y los republicanos todavía tenían la esperanza de retener la mayoría en el Senado.

Pero luego en Georgia se contaron las papeletas, el 90% de las cuales llegaron con anticipación por correo, y resultó que ambos candidatos demócratas (Raphael Warnock y John Ossoff), que al principio estaban constantemente rezagados con respecto a los republicanos Purdue y Lefleur, de repente avanzaron de la misma manera que El 3 de noviembre, Biden "ganó" contra Trump: alrededor de la medianoche, ocurrió una "anomalía" en el conteo de votos, y los demócratas ganaron por un margen mínimo. Así, los demócratas igualaron el puntaje en el Senado: ahora la proporción de fuerzas será de 50 a 50, y dado que el vicepresidente en la cámara alta del Congreso tiene derecho a voto, luego 51 para los demócratas. El control sobre el Congreso desata las manos de los "burros": ahora pueden poner en práctica todos sus planes para reconstruir América de una nueva manera. Por ejemplo, para abolir las restricciones a la admisión de refugiados de países subdesarrollados o para legalizar a los inmigrantes ilegales. Solo había un obstáculo en el camino hacia toda esta

utopía liberal: Donald Trump.

Incluso después de que la apuesta de Trump por la Corte Suprema no funcionó, el titular todavía tenía una gran opción de trabajo sobre cómo arruinar la vida de los demócratas al menos hasta el 20 de enero, el día de la inauguración. Un pequeño pero muy militante grupo de senadores republicanos liderados por Ted Cruz y Josh Hawley se propuso desafiar el voto del colegio electoral en los "estados en disputa" durante la primera sesión conjunta del Congreso el 6 de enero.

Los senadores dijeron que "acusaciones de fraude sin precedentes" en las elecciones presidenciales llevaron al hecho de que, según las encuestas, el 39% de los estadounidenses cree que la elección fue deshonesta (y por lo tanto, Biden es ilegítimo).

Cruise y su equipo tenían la intención de exigir que el Congreso nombrara una comisión electoral con plenos poderes de investigación y determinación de hechos para realizar una revisión urgente de diez días de los resultados de las elecciones en los estados en disputa. Una vez completada la [verificación], los estados individuales evaluarán los hallazgos de la comisión y, si es necesario, pueden convocar una sesión legislativa especial para confirmar el cambio en su voto. *"En consecuencia, tenemos la intención de votar el 6 de enero para rechazar a los electores de los estados en disputa ... si y hasta que se complete la verificación de emergencia de diez días"*, dijeron los republicanos.

Y hubo precedentes de este tipo en la historia de Estados Unidos. En las elecciones de 1876, el demócrata Tilden fue declarado ganador por primera vez, pero después de que el Congreso nombró una comisión electoral para verificar los resultados de las votaciones en tres estados del sur - Florida, Louisiana y Carolina del Sur - se tomaron 20 votos electorales de Tilden y el republicano Rutherford Hayes se convirtió en presidente. En teoría, ahora podría repetirse algo similar. La Comisión Electoral del Congreso, que debía incluir a cinco senadores, cinco miembros de la Cámara de Representantes y cinco magistrados de la Corte Suprema, tendría el poder y la autoridad suficientes para declarar que los resultados de las votaciones en varios "estados en disputa" no son confiables y pedir una repetición. Y al menos pondría muy nerviosos a los demócratas.

Pero tan pronto como los congresistas y senadores se reunieron para una sesión conjunta, donde la aprobación de los resultados de la votación en el colegio electoral se llevaría a cabo (o no), multitudes de simpatizantes de Trump que llegaron a Washington desde todo el país

fueron a asaltar el Capitolio.

Hay muchas cosas que no están claras con este asalto. Las autoridades de la capital estadounidense (los demócratas, por supuesto, el Distrito de Columbia es generalmente un nido y foco del liberalismo - no es casualidad que en Washington apareciera la primera Plaza BLM) tomaron medidas para que solo unos pocos de los que querían apoyar a Trump pudieran infiltrarse en la ciudad. Los hoteles estaban cancelando las inscripciones y las patrullas policiales estaban estacionadas en las entradas a Washington, registrando a activistas de derecha. Al mismo tiempo, Antifa y otros izquierdistas entraron a la capital sin obstáculos, como "parientes de clase". Capturas de pantalla de la correspondencia de los militantes de izquierda en las redes sociales muestran que previamente se habían puesto de acuerdo en disfraces de "trumpistas", en particular, gorras de béisbol rojas del MAGA, que, sin embargo, debían llevar una visera en la espalda para distinguir las suyas. Como resultado, en la multitud que se reunió alrededor del Capitolio en la noche del 6 de enero, posiblemente había muchos izquierdistas.

El asalto en sí, que mató a Ashley Babbitt, una partidaria de Trump de 35 años, una veterana de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y uno de los oficiales de policía del Capitolio, fue tan espectacular como inútil. Los alborotadores que irrumpieron en el edificio del congreso tomaron fotografías contra el fondo de los interiores, robaron y se portaron mal, luego de lo cual abandonaron el Capitolio "capturado" bajo la presión de los agentes del FBI que aparecieron y algún otro oscuro servicio especial. Los congresistas y senadores, que habían sido evacuados a una base militar cercana en el momento más álgido de los disturbios, regresaron a la sala de conferencias y votaron diligentemente para aprobar la votación del colegio electoral.

El resultado lógico de todo este lío fue que los "doce republicanos enojados" ni siquiera insinuaron la creación de una comisión electoral para verificar la votación en los estados en disputa.

Pero esto, por supuesto, no puso fin al asunto. El motín del 6 de enero asestó un golpe colosal a la reputación y la imagen de Trump.

Ya nadie recordó que el presidente instó a sus seguidores a actuar estrictamente dentro de la ley, destacando que "somos un partido de ley y orden". Al contrario, los demócratas se apresuraron a colgarle todos los perros, haciéndolo responsable del atentado contra la santa democracia estadounidense. El reconocido periodista y presentador de televisión David Korn en uno de los principales sitios progresistas, Mother Jones, llamó al presidente "el líder de los

terroristas". "Trump", escribe Korn, *"dirigió a sus enojados partidarios al Capitolio, donde rompieron las barreras policiales y se apoderaron del edificio. Cerraron el congreso. Aterrorizaron a los legisladores y al personal, lucharon contra las fuerzas de seguridad, rompieron la democracia estadounidense"*.

Los demócratas vuelven a hablar sobre el juicio político al presidente. La presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, quien acababa de ocupar este cargo con gran dificultad en la competencia con el republicano Kevin McCarthy, llamó al vicepresidente Mike Pence y exigió que se promulgara la 25a Enmienda a la Constitución (permitiendo que el presidente sea destituido del poder por su incapacidad). Pence, según información filtrada a la prensa, no habló con ella, y luego Pelosi apareció en ABC News con un ultimátum: *"Si el vicepresidente y la administración permanecen inactivos, el Congreso iniciará el proceso de juicio político"*.

El fiscal del distrito de Columbia, Michael Sherwin, dijo que el Departamento de Justicia consideraría presentar cargos penales contra "todos los involucrados", incluido el presidente Trump, por participar en los disturbios del miércoles.

Pero el mayor golpe provino de las redes sociales. Fue expulsado "indefinidamente" de Facebook, Instagram, Twitch e incluso de la plataforma comercial Shopify (que vendía símbolos trumpistas oficiales, incluidas las famosas gorras de béisbol rojas). Pero lo más importante es que Trump estuvo bloqueado durante 12 horas en Twitter, la red social favorita del presidente.

Resultó que es posible sacar al presidente (si, por supuesto, este presidente es Trump) del poder incluso sin la enmienda 25 y el juicio político.

Solo se necesitaba bloquearlo en Twitter.

Trump tiene casi 90 millones de seguidores en Twitter. Y fue a través de tuits que se comunicó con la nación durante los cuatro años de su presidencia. Comunicó sus decisiones, despidió y nombró empleados. Discutió con oponentes. En general, fue a través de Twitter que Trump gobernó Estados Unidos.

Y de repente resultó que su principal herramienta de gestión estaba en las manos equivocadas. Y simplemente puede ser desactivado por la administración de la red social, casi de la misma manera que en febrero de 1917, el diputado de la Duma Bublikov, que tomó el control del Ministerio de Ferrocarriles, no permitió que llegara el tren del emperador Nicolás II a Petrogrado.

Al mismo tiempo, la dirección de Twitter amenazó a Trump con que si el presidente no cumple con sus condiciones (en particular, exigieron eliminar todos los tweets en los que Trump calificó las elecciones como "robadas"), entonces lo bloquearán para siempre.

Y Trump se rindió.

Casi inmediatamente después de que expiró el bloqueo de 12 horas, Trump regresó a su red social favorita y publicó un video que parece una rendición completa y definitiva.

En un clip de casi tres minutos, Trump denunció enérgicamente a sus partidarios que irrumpieron en Capitol Hill y dijo que se centraría en una transición sin problemas del poder a la administración Biden. "*Los manifestantes que entraron al Capitolio profanaron el trono de la democracia estadounidense*", dijo Trump. "*Los que participan en actos de violencia y destrucción no representan a nuestro país, y los que violaron la ley pagarán por ello*".

Twitter no eliminó ese video.

Los oponentes de Trump lo han superado casi por completo. La provocación del 6 de enero fue el último acorde final de la sinfonía interpretada en las notas (primero una pandemia, luego la crisis económica causada por ella, luego disturbios raciales y finalmente el asalto al Capitolio).

Pero esta victoria es pírrica.

Trump puede dejar la escena política (o tal vez convertirse en una víctima del pantano de Washington; después del final de su mandato presidencial, bien puede ser procesado e incluso encarcelado). Pero el verdadero Estados Unidos que él despertó, al menos 80 millones de personas que no aceptan los dogmas liberales, todo este futuro color de rosa, migrante y transgénero, ya no volverá al estado letárgico en el que estaba antes de que el excéntrico multimillonario neoyorquino llegara a la Casa Blanca.

"Debemos reavivar los lazos sagrados de amor y lealtad que nos unen en una nación-familia", dijo el derrotado y humillado Trump en su mensaje de video. Pero tal Trump, Trump como a Leopold el gato, pocas personas lo escucharán.

El comentario publicado en el sitio web de Breitbart es característico: es bastante largo, pero vale la pena citarlo en su totalidad.

"No soy fan de Trump, nunca lo he sido y nunca lo seré, porque lo considero un cobarde inútil que solo habla pero no actúa. Pero en este momento está siendo atacado por matones izquierdos sucios y pegajosos, por lo que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. En este momento, todo lo que Trump tiene son sus partidarios, por lo que debemos organizarnos y marchar en su nombre por todo Estados Unidos, con armas si es posible. Debemos dejar en claro a los sucios matones de izquierda que no somos del tipo de personas que se usen y que se despidan fácilmente, debemos hacerles entender que somos una fuerza a tener en cuenta, que estamos listos para luchar y morir por nuestra fe. Este es el momento perfecto para contraatacar, y si no lo hacemos, perderemos esta guerra. Sí, ahora es la guerra, así que levántense, patriotas estadounidenses, porque Dios lo quiere".

Este es el legado de Trump, que, a pesar de todas las hábiles manipulaciones de los liberales, no pueden cancelar ni ignorar. Sí, los demócratas han ganado, pero la administración Biden y los verdaderos maestros del discurso liberal detrás de ellos tendrán que gobernar una "casa dividida". Un país donde casi la mitad de la población está desilusionada con el sistema político, considera que las elecciones están amañadas y que el presidente es ilegítimo.

Kirill Benediktov

"El motín no puede terminar bien ..."

Ultima actualización Viernes 15 de Enero de 2021 12:46

**político, autor de la biografía política de Donald Trump "Black Swan"*